# Un sermón para el sábado de Libertad Religiosa

## 20 de enero de 2018

Por: Ganoune Diop, PhD

Director de Asuntos Públicos y Libertad Religiosa, Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día

*Siéntase libre de usar o adaptar este sermón para el Sábado de Libertad Religiosa (sin olvidarse de mencionar la fuente, al Dr. Diop y el Departamento de Asuntos Públicos y Libertad Religiosa)*

# Los múltiples aspectos de la libertad: Una perspectiva bíblica

Los seres humanos consideramos la libertad desde la perspectiva de los beneficios que nos reporta. Pensamos en libertad en términos de derechos humanos fundamentales, como la libertad religiosa o la libertad de expresión; un valor social y legal que debe ser defendido y preservado.

Sin embargo, cuando la consideramos desde una perspectiva bíblica, encontramos que hay mucho más en el concepto de libertad que lo que parece a simple vista.

Primero, Dios es el único ser libre. Solo Dios es independiente, totalmente autónomo, sólo Él no necesita de nada ni de nadie. No obstante, Dios quien es totalmente autónomo decidió crear al ser humano a su imagen con el fin de que este último corresponda a su amor; un amor que no puede existir sin libertad. La libertad de elegir es esencial para que el amor se materialice. Y así, Dios creó la libertad.

Jesús fue completamente explícito; él vino a traer libertad a los cautivos, la esencia de su mensaje es la libertad. Por ejemplo, si echamos un vistazo a las Bienaventuranzas (Mat 5:1-12), encontraremos que todas están conectadas con la libertad. Tomemos la primera bienaventuranza, Jesús dijo: “Bienaventurados los pobres en espíritu”. Está conectada con la libertad ¿Por qué? Porque es como si él estuviera diciendo: Bienaventurados los que reafirman su dependencia de Dios” Aquellos que no son adictos al materialismo ni a ninguna otra cosa que arrebate a Dios su soberanía sobre el ser humano. El primer aspecto de la libertad está ligado con el hecho de que Dios es, sin lugar a dudas, nuestra riqueza.

Y luego viene la segunda: “Bienaventurados los que lloran porque recibirán consolación”. Aquellos que no son adictos a sustitutos o sustancias que intentan llenar los más profundos anhelos de su ser interior. Aquellos que no eluden el dolor y el sufrimiento de este mundo usando cualquier medio o a cualquier costo. A decir verdad, esperan en el Señor ¿Por qué? Porque Dios es su consolador.

Y la tercera bienaventuranza habla sobre la mansedumbre: “Bienaventurados los mansos” Aquellos que no son adictos a la violencia, aquellos que no vulneran la integridad o dignidad de otros para obtener ventajas de cualquier tipo. ¿Por qué? Porque, nuevamente, Dios es nuestro bien supremo. Por lo tanto, la libertad en esta bienaventuranza está vinculada con la absoluta dependencia de Dios. Esperar en Dios en todos los aspectos, reconocer que Dios es más que suficiente.

La siguiente bienaventuranza: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia”. Es decir, aquellos que no son adictos a la injusticia. ¿Por qué? Porque conceden a otros sus derechos. Porque Dios es nuestra justicia y esta última, por supuesto, es una actitud empírica de benevolencia, de ser la persona correcta para otros, de ser una bendición para otros.

Luego, tenemos otra bienaventuranza relacionada con la libertad: “Bienaventurados los misericordiosos” Aquellos que son libres de tal manera que abren sus corazones y sus manos. Aquellos que no son partidarios de la venganza o de guardar rencores. ¿Por qué? Porque toman el ejemplo de Jesús. Dios es nuestro juez justo e intercesor y si Dios es el intercesor ¿quiénes somos nosotros para tratar de limitar a las personas? Así, nos convertimos en intercesores de otros. Piensa sobre la libertad que Jesús mostró en la cruz. Oró por sus enemigos, por quienes lo estaban crucificando, por quienes le estaban infligiendo un dolor espantoso ¿Por qué? Porque era libre pudo orar: “Padre, perdónales porque no saben lo que hacen”. Lo mismo sucedió con Esteban; cuando estaba siendo apedreado, oró por otros reflejando así una actitud empírica de libertad total.

La siguiente bienaventuranza nos dice: “Bienaventurado los de limpio corazón”. Quiere decir, aquellos que no son partidarios de lo profano e impuro, sus ojos están fijos en Jesús. ¿Por qué? Porque, nuevamente, Jesús es nuestra santidad, nuestra justicia.

La bienaventuranza que sigue a continuación también está ligada con la libertad: “Bienaventurados los pacificadores”. Bienaventurados los agentes de reconciliación, ya que solo cuando se es libre, uno puede involucrarse en el trabajo de reconciliación. Las personas así no son partidarias de la división, la hostilidad o la guerra. De hecho, logran que las personas se unan ¿Por qué? Debido a la profunda convicción de que Dios es nuestra paz, y si Dios es nuestra paz, entonces somos libres para convertirnos en pacificadores.

Por último: “Bienaventurados los que padecen persecución” porque escogieron a Jesús y su cruz, su resurrección, su ascensión, su intercesión como sumo sacerdote y su segunda venida como Rey de reyes y Señor de señores.

Jesús entonces se convierte en el centro de la vida de una persona libre. A decir verdad, las personas así son tan libres que no son adictas a la fama y preferirían ser avergonzadas antes que difamar el carácter del Salvador. Preferirían perder sus vidas antes que traicionar al Señor de sus vidas. Dios es su bien supremo, el deseo de sus corazones y mentes. En esencia, bienaventurados son aquellos cuya riqueza y suficiencia es Dios porque ellos serán libres. Aquellos cuyo valor supremo es Dios mismo son libres.

Entonces, hay más sobre la verdadera libertad que lo salta a la vista y las bienaventuranzas son nuestro primer ejemplo. Vamos con el siguiente.

La libertad es algo tan profundo que engloba el contenido de todo el mensaje de la fe cristiana. Esta es la razón por la cual, en el libro de Gálatas, capítulo cinco, el apóstol Pablo asevera que es por la *libertad* que Cristo nos hizo libres.

Hagamos una pausa y consideremos un paralelo del Antiguo Testamento —la liberación del pueblo de Israel por parte de Dios. Dondequiera que Dios libera, ofrece regalos. Fue en Pentecostés —en el tercer mes— después que el pueblo de Israel saliera de Egipto y cuando se encontró con Dios en el Sinaí; Dios dio a Israel un regalo, el don de la ley, los Diez Mandamientos. Este constituía el antiguo pacto En el nuevo pacto sucedió exactamente lo mismo; Dios liberó a su pueblo a través de la cruz, es un nuevo éxodo y ahora los cristianos recibieron un nuevo regalo. En el Antiguo Testamento fue la ley, en el Nuevo Testamento, el Espíritu Santo.

Pero ¿por qué el Espíritu Santo? Porque el Espíritu Santo nos trae libertad. En 2 Corintios 3 se nos dice que donde está el Espíritu, hay libertad. ¿Qué es lo que hace el Espíritu Santo? Vierte el amor de Dios en nuestros corazones. Existe una conexión profunda entre libertad y amor. Es absolutamente extraordinario y es la esencia de lo que Dios nos da. Es la restauración del amor de Dios en nuestros corazones lo que trae consigo verdadera libertad.

Hoy que celebramos la libertad, es de suprema importancia que recordemos que la base, los cimientos, la justificación de la libertad es el amor en sí. No sorprende cuando el apóstol Pablo ampliando las enseñanzas de Jesús dijera algo absolutamente maravilloso, cuando dijo que mostraría a los primeros cristianos el “camino más excelente”. ¿Cuál es ese camino más excelente? En esencia, es el amor, pero el camino que mostró es excepcional.

El declaró: “Si yo hablara lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena o címbalo que retiñe” (1 Cor. 13:1). Y continúa: “Y si tuviera profecía, y entendiera todos los misterios y todo conocimiento, y si tuviera toda la fe, de tal manera que trasladara los montes, y no tengo amor, nada soy” (1 Cor. 13:2) Y luego declara: “Y si repartiera todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregara mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve” (1 Cor. 13:3). Pablo dijo a sus lectores y a nosotros, hoy, si alguien tuviera la capacidad de comunicarse con cualquiera y a través de cualquier medio, sin amor, es sólo blablablá. Si alguien supiera todo sobre Dios, el futuro, los misterios, la profecía, todo el conocimiento, y tuviera toda la fe, a tal punto que moviera montañas, y no tiene amor, es nada. Y continúa, si alguien diera todas sus posesiones a otros y no tiene amor, es nada. Incluso si llegara al punto de entregar su cuerpo, sin amor, sigue siendo nada.

En otras palabras, no importa qué alcancemos o hagamos, no importa la libertad que pensemos que tenemos, sin amor, es nada. Esto es lo que hace que la libertad del cristiano sea algo más profundo. La libertad cristiana no es simplemente otro derecho humano, no es algo que simplemente que nos beneficia. Es una disposición interna, un don de gracia, un regalo de Dios que vierte su amor. Y este amor puede incluso empujar al cristiano hasta sacrificar su propia libertad por el bien del amor y de otros.

Sin embargo, hay más. El apóstol Pablo en 1 Corintios 13 insiste en describir el comportamiento del amor. En este capítulo, él usa 15 verbos para describir la actuación del amor y cada uno de estos ítems es imposible sin libertad. El afirma: “el amor es sufrido”, es decir, sin libertad, sin este amor, y sin sufrimiento, no se puede ser libre. Luego, “el amor es benigno”. El amor muestra bondad.

Para continuar con “el amor no tiene envidia”, es libre de envidia. “El amor no es jactancioso, no se envanece”, es decir, está libre de alardes y de arrogancia. “El amor no hace nada indebido, no busca lo suyo”, está libre de egoísmo. “El amor no se irrita”, está libre de susceptibilidades y fácil enojo. “No guarda rencor”, dicho de otra manera, está libre de los recuerdos de los errores cometidos. El amor “no se goza de la injusticia, sino que se goza de la verdad”. Y luego declara que el amor es poderoso; en efecto, hace a una persona tan libre que “todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta”.

Pensemos en los primeros de estos 15 verbos. “El amor es sufrido” Acepta la dependencia y la confianza en Dios. Contiene ecos de las palabras de Jesús en las bienaventuranzas, “bienaventurados los pobres en Espíritu”. El amor no intenta resolver sus asuntos por su propia mano ¿Por qué? Porque el amor espera en Dios.

Aun así, el segundo verbo muestra que el amor no es pasivo, trabaja por el bien de otros. “El amor es benigno”, muestra actos de bondad, sirve a otros, se concentra en otros y por lo tanto no hay envidia, no hay comparaciones, no hay competencia. Pone a otros antes que él.

\*\*\*\*

Hay entonces asuntos más profundos que rodean la idea de libertad de lo que parece a simple vista. La Biblia abre nuestros corazones para ir más allá de afirmar que la libertad es un derecho humano. En lugar de eso, nos induce a permitir que Dios vierta en nuestros corazones su amor para que podamos ser verdaderamente libres. Y así podamos entender que el amor nunca falla y permanece libre. Habrá profecías que serán dejadas de lado, lenguas que cesarán, conocimiento que fallará, pero el amor permanecerá. Pablo explica esto en términos de madurez cristiana: “Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; pero cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño. Ahora vemos por espejo, oscuramente; pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como fui conocido. Ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor“ (1 Cor 13: 11-13).

Pablo nos invita a permanecer en el amor ¿Por qué? Porque el amor es el camino a la libertad, la expresión de libertad. No sorprende entonces que Jesús dijera: “Así que, si el Hijo os liberta, seréis verdaderamente libres” (Juan 8:36).

Esta es la libertad que deseo para cada uno de ustedes hoy, especialmente durante este sábado de Libertad. Que acojamos en nuestro corazón no solamente la Ley de Dios, sino su Espíritu Santo. Que cada uno experimentemos la gracia de Cristo y el compañerismo del Espíritu Santo hasta el día en que venga en las nubes y podamos seguir ese compañerismo con él en amor y en libertad, libres incluso de la muerte. Libres de cualquier cosa que impida el acceso completo al compañerismo con nuestro Dios por la eternidad.

###